



“DICHOSO” MES

Dícese que “dichoso” es aquel que se siente plenamente satisfecho por gozar de todo lo que desea o por disfrutar de algo bueno. El día 1 de Noviembre la Iglesia Católica celebra la **festividad de todos los santos**. De ahí la dicha de este mes, ya que estamos ante una de las fiestas más bonitas del año: los protagonistas de la celebración son todos aquellos difuntos, no solo los que están en las listas de los canonizados por la Iglesia, que gozan ya de la Vida Eterna y viven en presencia de Dios. Han conseguido lo que en la tierra desearon y por lo que lucharon. Algunos son muy conocidos, pero hay otros que nadie conoce, más que Dios.

Parece a priori una palabra demasiado grande para nosotros. Pensamos... si llevo una vida como casi todos, no hago nada extraordinario: trabajo, hago deporte, cuido de mi familia... sí, es verdad que cumplo de forma básica los Mandamientos, incluso una vez hice algo de voluntariado..., pero tanto como santo... no sé, eso debe ser para los sacerdotes, monjas, misioneros... los que literalmente entregan su vida a Dios. Yo, al fin y al cabo, vivo en una ciudad normal, tengo una casa normal, un trabajo normal, un “día a día” normal...

Precisamente ahí está la gracia. No hay que ser un súper héroe para llegar a ser santo. No hace falta convivir con leprosos, sacar a los niños



de las calles y darles una vida digna, marchar a lugares lejanos para dar a conocer a Jesús... Nosotros, sí, tú y yo, podemos ser santos con esa vida tan “normal” que gracias a Dios tenemos. Las cosas pequeñas, las oraciones hechas con cariño de verdad, el trabajo y la ayuda prestada a los demás con humildad y amor, es lo que agrada a Dios.

Ser santo es seguir a Jesús, actuar como Él, hacer el bien como Él, amar como Él. **Ser santo es SER AMIGO DE JESÚS.**

Cristo no obliga, no impone su amistad a nadie, simplemente nos enseña el camino y nos invita a recorrerlo. En nuestra vida normal, en nuestra casa, con nuestros vecinos, amigos, compañeros de trabajo... siempre que aceptemos la Voluntad de Dios con alegría, estaremos manteniendo y enriqueciendo la Amistad más desinteresada que tenemos, la amistad con Jesús.

Hemos de tomar como **modelo** a los santos para imitar su *modus vivendi* y así poder culminar nuestro camino en la tierra de la

única manera que merece la pena, es decir, en el cielo. A ellos también les costó, como a nosotros, vencer las tentaciones de una vida más fácil, más cómoda, pero han tenido el merecido premio y a ellos podemos recurrir para que intercedan por nosotros ante Dios y utilizar su influencia para que nos ayuden desde el cielo a ser buenos cristianos.

Solo Dios conoce nuestra historia real, no la que contamos a los demás. Solo Él sabe que nuestra vida, quizá, es un continuo esfuerzo. Tenemos que pedirle ver nuestra vida *normal* con sus ojos. Hemos de aceptar sin quejas lo cotidiano, como San José. Dios no es ajeno a lo que nos pasa, **DIOS SOLO SABE CONTAR HASTA UNO.**

La oración es la experiencia de que Dios está a nuestro lado, de que nada de lo que vivimos es por casualidad, de que todo tiene un sentido

Ser santo es
SER AMIGO DE JESÚS

y un porqué en nuestra existencia. La mayoría de las circunstancias de nuestra vida no las elegimos, nos vienen dadas, pero sí podemos elegir cómo nos tomamos las cosas. Un espíritu entregado, esperanzado, confiado rema a favor de la felicidad.

Hemos de tratar de abandonarnos en las manos de Dios Padre misericordioso, dejarnos ayudar y guiar por Él, quien más nos conoce y nos quiere, y así salvaremos obstáculos, iluminados con su Luz, sintiendo la felicidad de las cosas bien hechas, a pesar de que las corrientes sociales nos intenten llevar por otros caminos. Nuestro objetivo como cristianos, como hijos de Dios, solo puede ser uno: el cielo.

Existe una oración maravillosa sobre el abandono en manos de Dios del beato Carlos de Foucauld que deberíamos recitar todos los días para dejarnos envolver de la paz que da sentirse seguro y protegido por un Padre:

Padre mío, me abandono a ti. Haz de mí lo que quieras. Lo que hagas de mí te lo agradezco, estoy dispuesto a todo, lo acepto todo con tal de que tu voluntad se haga en mí y en todas las criaturas. No deseo nada más Dios mío. Pongo mi vida en tus manos. Te la doy con todo el amor de mi corazón porque te amo, porque Tú eres mi padre.

Si nos preocupamos por llegar al Reino de Dios, por cumplir su Voluntad, lo demás se nos dará por añadidura. Si estamos verdaderamente convencidos de esto y confiamos plenamente en Dios, nuestras inquietudes desaparecerán y nos sentiremos con las fuerzas necesarias para seguir intentando hacer las cosas bien. Si nos caemos, pedimos perdón y nos levantamos, nuestro Padre que no quiere hijos perfectos, con su infinita paciencia y misericordia nos perdonará siempre, siempre.

El mes empieza bien, el día 3 celebramos la festividad de **San Martín de Porres**. Nació en

la ciudad de Lima, Perú, el día 9 de diciembre del año 1579. Las leyes de aquel entonces le impedían ser religioso por el color y por la raza, pero él se entregó a Dios y su vida estuvo presidida por el servicio, la humildad, la obediencia y un amor sin medida.

San Martín tiene un sueño que Dios le desbarata: *Pasar desapercibido y ser el último*. Su anhelo más profundo siempre es seguir a Jesús. Se le confía la limpieza de la casa; por lo que la escoba será, con la cruz, la gran compañera de su vida.

Pronto la virtud del moreno dejó de ser un secreto. Su servicio como enfermero se extendía desde sus hermanos dominicos hasta las personas más abandonadas que podía encontrar en la calle. Su **humildad** fue probada en el dolor de la injuria, incomprensión y envidias. Cuando vio que se acercaba el momento feliz de ir a gozar de la presencia de Dios, pidió a los religiosos que le rodeaban que entonasen el Credo. Mientras lo cantaban, entregó su alma a Dios.

Su muerte causó profunda conmoción en la ciudad. Todos se disputaban por conseguir alguna reliquia. Toda la ciudad le dio el último adiós.

Como decíamos antes, hemos de *aprovecharnos* de los que ya han alcanzado la Gloria y rezarles suplicando su ayuda. Esta es una oración preciosa dirigida a San Martín que podemos entonar a menudo:

Tú, que viviste sólo para Dios y para tus hermanos, que tan solícito fuiste en socorrer a los necesitados, escucha a quienes admiramos tus virtudes.

Confío en tu poderoso valimiento para que, intercediendo ante el Dios de bondad, me sean perdonados mis pecados y me vea libre de males y desgracias.



Padre celestial, por los méritos de tu fiel siervo San Martín, ayúdame en mis problemas y no permitas que quede confundida mi esperanza.

Tè lo pedimos por Jesucristo, nuestro Señor.

Amén.

Este *dichoso* mes termina bien, el día 30 se celebra la festividad de **San Andrés Apóstol**. Nació en Betsaida y tuvo el honor y el privilegio de haber sido el primer discípulo que tuvo Jesús, junto con San Juan el evangelista. Los dos eran discípulos de Juan Bautista, y este al ver pasar a Jesús, cuando volvía del desierto después de su ayuno y sus tentaciones, exclamó: *He ahí el cordero de Dios*. Andrés se emocionó al oír semejante elogio y se fue tras Jesús.

Esa llamada cambió su vida para siempre. San Andrés se fue luego donde su hermano Simón y le dijo: *Hemos encontrado al Salvador del mundo* y lo llevó junto a Jesús quien encontró en el gran San Pedro a un entrañable amigo y al fundador de su Iglesia. El día del milagro de la multiplicación de los panes, fue San Andrés el que llevó a Jesús ante el muchacho que tenía los cinco panes. El santo presenció la mayoría de los milagros que hizo Jesús y escuchó, uno por uno, sus maravillosos sermones, viviendo junto a él tres años.

En el día de Pentecostés, San Andrés recibió junto con la Virgen María y los demás Apóstoles, al Espíritu Santo en forma de lenguas de fuego, y en adelante se dedicó a predicar el evangelio con gran valentía y obrando milagros y prodigios.

Todos, todos, sin excepción, estamos llamados a ser santos. Dios nos quiere santos y para ello nos hizo el día de nuestro bautismo el gran regalo de la fe. Nadie dijo que fuera fácil, lo valioso cuesta, pero merece la pena. Tenemos que querer ser santos.

**DIOS SOLO SABE
CONTAR HASTA UNO**

Adelaida F. Reyero



¿QUÉ ESPERAMOS?

Queremos ser felices, y Dios nos da a probar aquí su felicidad en la medida en que nos abrimos a su Amor y respondemos amando, pero la felicidad total vendrá después, cuando podamos ver a Dios cara a cara en el cielo. Eso es lo que esperamos: la vida eterna feliz con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y los ángeles, y los millones de hermanos nuestros que ya han llegado al lugar que Jesucristo nos ha preparado.

Esa vida perfecta con la Santísima trinidad, esa comunión de vida y amor con ella, con la Virgen María y todos los

bienaventurados se llama el cielo. El cielo es el fin último y la realización de las aspiraciones más profundas del hombre, el estado supremo y definitivo de dicha (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1024).

Llegar al cielo es imposible para nosotros, pero posible para Dios. Y nos ha prometido que no dejará de darnos todos los medios para que podamos llegar. Por eso podemos decir, con san Pablo: *¿Quién nos apartará del Amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, o la persecución, o el hambre, o la desnudez, o el peligro, o la espada? Pero en todas*

estas cosas vencemos con creces gracias a aquel que nos amó.

No existe nada que pueda impedirnos llegar al cielo, nada que pueda apartarnos del amor a Cristo. Porque Dios nos ha prometido que nos dará la ayuda que necesitamos, y para que esperemos en Él con absoluta confianza ha infundido en nuestros corazones la virtud de la **esperanza**.

Apoyándonos en el Autor de la promesa caminamos ilusionados por la vida, alegres, felices, a pesar de las dificultades, porque sabemos que podemos llegar con Él.

Sin embargo, hay *creyentes* que no esperan el cielo ni creen que podamos llegar a él. Es muy sorprendente, pero por desgracia es así. También hay creyentes que esperamos el cielo, pero olvidamos que la Vida de verdad no es esta en la que estamos, sino la otra. Y actuamos como si la vida de la tierra fuera única. Por eso nos parece un absurdo el sufrimiento, la enfermedad, el dolor y la contrariedad.

La cumbre del cielo sí que vale la pena, pero quizá solo pensamos en pasarlo bien los pocos años que dura la vida aquí e incluso no podemos imaginar nada mejor que los gozos terrenales. ¿Será que imaginamos a Dios como un ser aburrido, monótono y soso? ¿Será que imaginamos el cielo como algo tedioso y soporífero? Si nos pasa eso es que tenemos una idea de Dios y del cielo muy deformada y radicalmente equivocada.

Tenemos que pedirle a Dios que nos convierta en locos enamorados. Solo así desearemos con todas nuestras fuerzas estar con Él.

Si estuviéramos enamorados de Dios, el cielo nos llenaría de ilusión y llevaríamos con más alegría las dificultades, porque entenderemos que nos ayudan a llegar a la meta. El amor hace más ligero cualquier peso que llevemos por aquel a quien amamos.

Extracto del libro de Tomás Trigo “Dios te quiere, y tú no lo sabes”.



Colegio
Montessori

Calle Rafael Lapesa 1
37004 Salamanca

www.montessorisalamanca.net